

# Cien años antes del Quijote

JAIME GONZALEZ PARRA\*

---

El mundo de habla hispano-portuguesa celebra en los días que corren el Quinto Centenario de uno de los acontecimientos más trascendentales en la historia de la humanidad: el Encuentro de dos Culturas. Puede disentirse del extendido concepto de "descubrimiento" en su sentido lato, mas lo cierto es que aquel 12 de octubre de 1492 constituye el punto de partida de un proceso geopolítico llamado a transformar sustancialmente los conocimientos hasta entonces alcanzados por el hombre, y no simplemente a ensanchar las fronteras geográficas, étnicas o políticas del mundo conocido.

Y si a España correspondió la gloria de ser el protagonista máximo de aquel episodio magno, bajo el mandato de Fernando de Aragón e Isabel La Católica, Reyes de Castilla, a los herederos de su idioma y su fe nos resulta oportuno asomarnos así sea apenas un instante a ese momento histórico para observar, en rápido vistazo, lo que representó su acceso al trono, no solo para la emancipación definitiva de España de la dominación arábiga y para su consiguiente unidad política, sino para la consolidación de la lengua castellana en la península y la expansión que forzada y coincidentalmente habría de tener inmediatamente después, a partir de aquel histórico año de 1492, en los dominios de ultramar.

Terminada la guerra con Portugal y liquidadas las luchas feudales que proliferaron durante el reinado de Enrique IV, hermano medio de Isabel y a quien ésta sucedió en el trono, en 1474, pronto se desencadenó una ola de bandalaje que contagió a los propios nobles, muchos de los cuales se convirtieron en salteadores, mientras a la sombra de éstos surgieron pandillas de malhechores que

---

\* Escritor, profesor en facultades de periodismo, ensayista, actual asesor de la dirección del diario "El Tiempo" de Bogotá.

usurpaban tierras y robaban ganados para quienes pagaban sus denigrantes servicios. En ausencia de su esposo Fernando y mientras se adelantan acuerdos para la fusión definitiva de los reinos de Castilla y Aragón, Isabel puso orden en casa. Expidió leyes singularmente severas, aunque siempre inspiradas en el más riguroso espíritu de justicia; con su apoyo se creó la Santa Hermandad, una fuerza de dos mil caballeros bien armados, bajo el mando de Alfonso de Aragón, hermano del rey, que no perdió tiempo en lucubraciones para poner en cintura a los forajidos, sin consideraciones de rango ni condición alguna. La propia reina presidía cada viernes un tribunal en las puertas de palacio y aplicaba con firmeza el rigor de la ley, obrando en cada caso con prudencia, equidad y sentido cristiano. En pocos meses las tierras de Burgos, los campos de Galicia, los montes de Toledo por donde discurre soñoliento el legendario río Tajo, las indómitas sierras de Torozos y Jara de Talavera, entre otras, estuvieron libres de truhanes y malandrines. Muchos castillos fueron destruidos y muchos bienes restituidos a sus legítimos dueños. Finalmente un indulto general restableció el orden y consolidó la paz de la familia ibérica, obra que culminó con las Cortes de Toledo, en 1480.

Pero la etapa de relativa paz que habían compartido moros y cristianos, éstos en el reino de Castilla bajo Enrique IV y aquellos en el de Granada bajo el sultán Abén Ismail, llegaba a su fin, con la muerte de los dos soberanos. Amigos y "buenos vecinos", solían compartir la mesa y disfrutar la mutua compañía en largas veladas, en las que no era extraño que el castellano luciera ricas prendas a la usanza árabe, a tiempo que se mostraban tranquilos e igualmente tolerantes o complacientes con los ambiciosos y beligerantes nobles de sus respectivos reinos. El nuevo monarca de Granada, Muley Abul Hasán, hijo de Abén Ismail, durante los últimos meses de Enrique IV permitió que sus súbditos cometieran una serie de tropelías en audaces incursiones por la frontera castellana y él mismo las arreció cuando tuvo noticias de que una mujer había accedido al trono de Castilla. Ahora veía la ocasión propicia para extender sus dominios, aprovechando la anarquía imperante en el reino vecino. Desestimaba la reacción de Castilla, sin contar con que en sus propios dominios también tendría que afrontar brotes de rebeldía protagonizados por españoles musulmanes y moros granadinos que no compartían todos sus actos. Muley Abul Hasán se mostró cada día más descontento por el tributo que debía pagar a los reyes católicos para cumplir acuerdos de sus antecesores. Sin embargo, la rebelión de Málaga tuvo tales características de gravedad, que se

vio obligado a enviar embajadores a Sevilla para pactar treguas que, en su pensar, le permitirían prepararse a fondo para la guerra total. Pero las condiciones propuestas por los monarcas de Castilla para pactar las treguas le hicieron montar en cólera y responder con altanería: “En Granada no se labra ya oro, sino alfanjes y hierros de lanza para los enemigos”. Fernando, por su parte, respondió a la descortesía con una amenaza profética: “Yo arrancaré los granos de esa granada uno a uno”.

### La guerra, otra vez

Una incursión intempestiva de Mulay Abul Hasán y sus huestes moriscas a la fortaleza de Zahara, en cercanías de Ronda, en 1481, amparado por las sombras de la noche, cuando pasó a cuchillo a los defensores y llevó prisioneros a cuantos pudo, le dio motivo para festejar ruidosamente el triunfo en La Alhambra, una vez de regreso a Granada, y llegó a creer que aquella era apenas la primera de una serie de victorias sobre los pendones de León y Castilla. El episodio alertó a los reyes católicos para reforzar las plazas de la frontera, a la vez que planear acciones inmediatas. Fue éste el principio de la etapa final de una guerra a muerte emprendida y aplazada por centurias. Dos y medio siglo antes, en 1236, Fernando III el Santo había reconquistado a Córdoba y doce años después a Sevilla. Y en las postrimerías del siglo XV, Granada, con su deslumbrante y embrujada Alhambra, con su empinado Albaicín y sus ríos Darro y Genil, era el último enclave moro en tierra española.

Muy pronto un disciplinado ejército de siete mil cristianos caía de noche sobre Alhama, lugar de solaz de los monarcas árabes a solo ocho leguas de Granada, en el corazón del reino y de los reyes que la tenían por sitio predilecto después de la propia Alhambra, su joya más preciada. El combate se libró cuerpo a cuerpo después de escalar los muros del fuerte, y en las calles. Hubo degüellos y saqueos; y alardes de valor de moros y cristianos. Hasta que la plaza quedó por Castilla. El célebre Romance del Rey Moro que perdió la Alhama recuerda para los siglos el dolor de los sarracenos:

*—Habéis de saber amigos,  
una nueva desdichada:  
que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama.  
¡Ay de mi Alhama!*

Tres intentos de Abul Hasán por recuperar la plaza, fracasaron. Solo sirvieron para que allí dejaran sus huesos varias docenas de sus mas esforzados guerreros, y para dar pábulo a las intrigas y las ambiciones de sus nobles. Puertas adentro de la Alhambra se libraba encarnizada batalla por la sucesión del poder. La bella e intrigante Zoraya, favorita de Abul Hasán, aspiraba al trono para uno de sus hijos y había logrado que el monarca autorizara el sacrificio de los herederos legítimos, en una de las habitaciones del palacio. La sultana Aixa logró salvar la vida a su hijo Boabdil y conspiró contra Abul Hasán. Acabó encerrada en una torre junto con su retoño, aunque éste logró escapar descolgándose por una larga cuerda hecha con las ropas de su madre. Las disensiones internas determinaron el principio del fin; la división de fuerzas, el surgimiento de Boabdil y la decadencia de Abul Hasán, que vio reducido su poder en la misma medida en que acrecentaba su odio contra los cristianos.

Dos grandes derrotas esperaban, sin embargo, a las tropas de Castilla: la del 3 de julio de 1482 en la fracasada toma de Aloja, donde la propia vida del rey Fernando corrió inminente peligro y solo pudo salvarse gracias a sus capitanes que lo protegieron con su cuerpo y pagaron con la vida su lealtad; y la de la Ajarquía de Málaga, en marzo de 1483, donde los soldados cristianos que no murieron fueron hechos prisioneros para ser vendidos como esclavos en distintas ciudades sarracenas, mientras unos pocos lograron escapar por las montañas de Cútar, casi inaccesibles, llamadas desde entonces "Cuestas de la Matanza". Paradójicamente, no obstante, las victorias que rehabilitaron el menguado prestigio de Abul Hasán y su hermano El Zagal, fueron también factor decisivo para su pérdida definitiva, porque Boabdil, lastimado en su orgullo y espoleado por su brío juvenil, se vio obligado a abandonar la inactividad y planear acciones de guerra que, esperaba él, lo equipararan con sus émulos, su padre y su tío. En la primera de tales acciones, que inició con incendios y saqueos en las tierras fronterizas, tocó en Loja, pasó el río Genil y puso sitio a Lucena, defendida por Diego Fernández de Córdoba con tantos valor y celo, que dio tiempo a la llegada de refuerzos para vencer aparatosamente a los granadinos, batalla en la que Boabdil cayó prisionero.

Ante tan importante hecho, Fernando reunió su Consejo, en Córdoba, donde se hallaba a la sazón. La mayoría de sus miembros se opusó a la liberación del joven rey. No fueron de la misma opinión el marqués de Cádiz y el Cardenal Mendoza, quienes consideraban

más útil dejarlo libre, pues su regreso a Granada estimularía la lucha civil entre los infieles. Isabel fue entonces consultada por el rey Fernando, y allí brilló otra vez la habilidad política de la reina: su opinión se inclinó por la libertad de Boabdil, mediante taxativas condiciones. Y los resultados previstos no se hicieron esperar.

La aludida habilidad política de Isabel, que se hallaba en el Norte, se hizo presente en los términos pactados con Boabdil para ganar su libertad. Se reconocía vasallo de los reyes de Castilla; debería pagar doce mil doblones de oro al año y entregar a cuatrocientos cautivos, y sobre todo —sobre todo— dar como rehenes a su hijo y los hijos de algunos de sus principales nobles, así como dejar paso franco a las tropas cristianas para combatir a las de su padre y su tío El Zagal. El primero había reasumido el título de rey, ante la prisión de su hijo, y a éste no le quedó más recurso que entrar con sigilo en la noche y librar una lucha a muerte en las calles de Granada, apoyado por sus leales, hasta cuanto la mediación de los ancianos propició un acuerdo, mediante el cual Boabdil seguiría reinando pero en Almería, a donde marchó llevándose a los suyos.

El reino de Granada se desmembraba y sus gobernantes se culpaban entre sí por sus desdichas, mientras los cristianos se reagrupaban y fortalecían con el propósito de debilitarlos en sus últimos reductos, aún fuertes, con un objetivo que los reyes católicos no veían ya como inalcanzables, Granada, dependiendo de la manera como supieran manejar la guerra y la política. El plan de guerra señaló a Málaga, recordando la reciente rebelión allí ocurrida como factor favorable para las armas cristianas. Y hacia allá se desplazaron las tropas, para encontrar que la ciudad estaba bien defendida por murallas y artillería, reforzada por los castillos de Gibralfaro y la Alcazaba, bajo el mando del temible Hamet Zegri y sus aguerridos gomeles. Málaga estaba convertida en auténtica fortaleza y en sus inmediaciones se libraron sangrientos combates, en uno de los cuales el rey Fernando estuvo a punto de perder la vida, al avanzar casi sin armas entre las huestes enemigas. Un sitio de casi cuatro meses debilitó más a los cristianos que a los sitiados, pues éstos habían tomado precauciones. Cuando comenzaron las desertiones y los tránsfugas, Fernando escribió a la reina, que se hallaba en Córdoba, para pedirle consejo. Ella no se limitó a contestarle sino que de inmediato organizó viaje al campamento, a donde llegó con su hija Isabel y con sus damas. Sabía lo que su presencia podía influir en la moral de sus tropas. En efecto, recibida ella entre vítores y palmas, el desánimo desapareció como por ensalmo.

Con el apoyo de la escuadra cristiana que mantenía en el mar riguroso bloqueo, la ciudad fue tomada. Y en la campaña anual de 1488, paulatinamente fueron cayendo plazas: Vara, los Vélez, Castilla. . .

### **Las joyas de la Reina**

La toma de Baza fue una dura empresa, pues las colinas colindantes ayudaban a resguardar la ciudad. Para colmo, el invierno rudo vino a dificultar los movimientos de caballería por lo tupido de los bosques vecinos, mientras por momentos se agotaban los recursos para continuar la guerra. Fue entonces cuando Isabel, llamada de nuevo por el rey, ante la crítica situación, empeñó sus joyas en las "tablas" de Valencia y de Barcelona, con la condición de que fueran prestadas para mostrarlas en las fiestas públicas. Y se presentó en Baza, cuando ya el rey se disponía a dar la orden de levantar el sitio. La presencia de la reina cambió por completo la situación de desánimo y pesimismo, tornándola en un ambiente de fiesta y de confianza, al punto que fueron los propios musulmanes quienes se mostraron sorprendidos por el cambio que observaban en el campo enemigo y que se traducían en músicas marciales, flamear de banderas y alborozados vítores. Fue tal el impacto emocional del episodio que el mismo Cid Hiaya, defensor de la ciudad, aceptó invitación para visitar el campo adversario, y de ahí surgió el comienzo de una capitulación honrosa, que respetaba vidas y haciendas, religión y costumbres. Tan nobles fueron los términos de la pactada rendición, mediante la cual se permitió la entrada de los reyes a Baza el 4 de diciembre de 1489, que el príncipe moro, Cid Hiaya, favorecido por Isabel con múltiples mercedes, abjuró poco después de su religión y se convirtió al cristianismo. Solo tres semanas después, el día 30 del mismo diciembre, los reyes católicos entraban también en Guadix, sin espíritu triunfalista ni manifestación alguna de vencedores.

### **La toma de Granada**

Más dramático aún que los de Málaga y Baza fue el sitio de Granada. Hacia septiembre de 1490 se sucedían las escaramuzas en las cercanías de la ciudad amurallada, como epílogo de la campaña anual. En la del año siguiente habrían de suceder episodios fortuitos que apresuraron el curso de la guerra. Uno de los más importantes fue el espantoso incendio que destruyó casi totalmente las tiendas del campamento cristiano. Una lumbre dejada impruden-

temente por una azafata cerca de una cortina en la tienda de la reina provocó la conflagración en la alta noche. El grave incidente fue tomado por los moros como un ardid de los cristianos, mientras entre éstos cundió el desconcierto y muchos de los jefes opinaron que se hacia necesario abandonar el sitio por largo tiempo mantenido. Pero los reyes pensaban distinto. Para evitar percances de esa laya y en previsión del próximo invierno, resolvieron construir una ciudad para sus tropas, que alcanzaban a los 50.000 hombres. En poco menos de cuatro meses fue levantada la ciudadela militar, cruzada por dos largas calles en cruz como símbolo de la fe. Los sitiados granadinos no ocultaban su asombro, pues en la insólita urbe levantada en tan breve tiempo veían demostrada la decisión del enemigo de continuar la guerra hasta sus últimas consecuencias, y la propia indecisión de sus jefes para romper el sitio. Cuando las tropas reales pretendieron bautizar "Isabela" a la recién nacida ciudad castrense, la reina disintió de la idea y dispuso que llevara el nombre de "Santa Fe". Era el reto de la cruz a la media luna. En ese episodio histórico se estaba forjando la fisonomía de un mundo aún desconocido: el Nuevo Reino de Granada y su capital Santa Fe, bautizadas así por el conquistador granadino Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador.

Las disensiones internas, los rehenes en poder de los cristianos —entre ellos el hijo de Boabdil, el jefe moro—, las garantías ofrecidas por los reyes a los emisarios secretos de Boabdil y las amenazas a éste proferidas por sus propios súbditos, apresuraron la capitulación de Granada, en términos que respetaban la dignidad de los vencidos. Caía el último pendón morisco y concluía una ocupación de casi 800 años. La entrada de los reyes de Castilla a Granada se registró el 2 de enero de 1492.

### **El bautizo del idioma**

Ese mismo año de 1492, el de mayor gloria para España con la hazañosa expedición del Gran Almirante al mundo desconocido, la lengua de Castilla recibió la que podría llamarse su fe de bautismo. Dos semanas antes de partir las carabelas de Colón desde Palos de Moguer, el humanista sevillano Antonio Elio de Nebrija (Elio Antonio Martínez de Cala y Jarava) entregaba como obsequio a la reina Isabel la primera gramática de la lengua castellana, primera igualmente de todas las lenguas romances, salida de las prensas de Salamanca. A partir de ese momento el castellano dejaba de ser un idioma vulgar para convertirse en una lengua culta, hoy por hoy la

que habla un mayor número de pueblos de la Tierra. Era el 18 de agosto de 1492. Dos semanas después, el 2 de septiembre siguiente, se iniciaría la gran aventura de Colón.

Antonio Elio de Nebrija profesaba Gramática y Retórica en la Universidad de Salamanca, donde había cursado estudios antes de viajar a Italia. En ésta permaneció diez años consagrado a sus investigaciones, y sus obras sobre el latín clásico y el vocabulario latino-español tuvieron influencia universal. Su gramática de la lengua castellana, que le fijaba una estructura y establecía normas y reglas para su empleo, tuvo en ese momento histórico significación trascendente, porque a partir del inmediato futuro, con el advenimiento del Nuevo Mundo, el idioma castellano tendría su hora más grande, para ganar rápidamente la jerarquía que habría de consagrarlo como lengua universal. Ya en 1517, 25 años después de aparecida la célebre gramática de Nebrija, el Emperador Carlos V, al ascender al trono de España, ofreció el ejemplo de aprenderla con preferencia y difundirla antes que cualquiera otra y ante cualquier audiencia, "porque así lo entendían los más".

Esa lengua que por siglos se había venido usando como simple habla en Castilla, especialmente en los riscos montañosos de Burgos, como un cuerpo disperso y desordenado que recogía por igual voces de orígenes diversos, en anárquico tropel, entraba a hacer parte del patrimonio cultural de la humanidad. La herencia de los primitivos pobladores de la península ibérica, nombre derivado de la raíz *ib* agua, *iber* corriente de agua, *iberos*, vecinos de los ríos que formaron el primer toponímico de Iberia. Herencia enriquecida a lo largo de los siglos con el aporte lingüístico de griegos y fenicios a través del Mediterráneo; por la invasión de los romanos en el siglo III a.C., proceso que amplió notablemente su acervo lexicográfico y lo unificó inicialmente mediante el *sermo nobilis* de César, Cicerón, Horacio, Virgilio, como lengua literaria culta, y el *sermo vulgaris, rusticus, plebeius, urbanus*, de donde viene el nombre *Castella Vellica, Castella Vellegia*, Castellano. A ese patrimonio lingüístico se sumó el importante aporte natural que representó la invasión de los árabes, en el año 711, que demoró hasta el histórico 1492 que ahora conmemoramos. A la providencial gramática de la lengua castellana de Nebrija sucedió, como hemos visto, la expansión inusitada del imperio español en el siglo XVI: su lengua, su religión, sus costumbres, su cultura. Y a ésta, el inmenso aporte de América, que conmovió las bases culturales y políticas

del mundo conocido entonces, y que hoy mismo constituye la más valiosa reserva de la humanidad. Cuando aquel pequeño manual de Nebrija le fue obsequiado a Isabel de Castilla, faltaban cien años para que apareciera *El Quijote*.